

# Del racismo y otras burradas

DANIEL SANESTEBAN

**C**OMO un sarampión inesperado brota en España el racismo, seguido de cerca por su antagonista, el anti-racismo, y éste, por el anti-anti-racismo, que corren igual que tres lebreles jadeantes, el primero detrás de la "liebre" (el "otro", el extraño, el que no es como yo) y los dos restantes detrás del perro que los precede. Planteado el problema de esta forma la solución parece clara: cuando el primer can deje de perseguir a la inocente liebre la paloma de la paz extenderá sus alas y la felicidad de todos será embriagadora. Así lo plantean algunos, pero es un planteamiento falso, maliciosamente falso o ingenuamente falso, pero falso. Todo el que llega viene buscando un puesto al sol y, desgraciadamente, los puestos al sol están contados. La Arcadia feliz no existe.

¿Pueden las naciones ricas abrir sus puertas de par en par a todos los pobres, a todos los hambrientos, a todos los desheredados de la Tierra? ¿Deben hacerlo? ¿Lo hacen? Evidentemente, no lo hacen. Las contestaciones a las dos primeras preguntas exceden los límites del artículo y, además, no las sé.

Antes del Cristianismo, al no existir el concepto de igualdad entre los hombres, tampoco existía el de racismo. La situación era parecida a la del reino animal, los fuertes dominaban y los débiles eran dominados. Pero el Cristianismo vino a complicarles la vida a unos cuantos y a hacérsela más llevadera a muchos. En aquellos pueblos en los que arraigó, todos los oprimidos se sintieron más libres. Las Leyes, en mayor o menor grado, se impregnaron de Cristianismo. Lacordaire lo expresó escribiendo que "entre el rico y el pobre, entre el fuer-

te y el débil, entre el poderoso y el humilde es siempre la Ley la que libera y es siempre la libertad la que oprime". Se refería, claro, a la Ley que él predicaba.

Pero el ámbito del Cristianismo es la persona, el ser humano, no son las naciones. Las personas actúan, con frecuencia, por amor, las naciones actúan siempre por conveniencia. Prueba de ello son las innumerables veces que naciones, no solo cristianas, sino católicas, apostólicas y romanas se zurraron la badana durante siglos, como Francia y España, por ejemplo. Es verdad que las agresiones entre personas también son frecuentes, pero, si son personas con un mínimo de formación cristiana, saben que cuando hacen daño a otro están obrando mal, mientras que en los duelos entre naciones ambos contendientes están siempre seguros de la bondad y la justicia de su causa.

Evidentemente si todos los hombres y mujeres de una nación observasen con rigor los preceptos de Cristo, el conjunto daría por resultado una nación cristiana. Pero los conceptos de nación y de cristianismo apuntan en dos direcciones diferentes. La nación surge de la idea de limitar o delimitar un espacio geográfico, el cristianismo tiende a la catolicidad, a la universalidad, a un mundo en el que todos seamos hermanos. Pero ese mundo es, todavía, un lejano ideal.

No hay más remedio que jugar con las cartas que nos reparten y el mundo en que vivimos, el único que tenemos, está surcado por líneas que delimitan territorios, líneas que son fronteras. Algunas son artificiales, pero otras son surcos muy profundos. Pienso que son tres los pilares bási-

cos en que descansa toda frontera: la raza, la religión y la lengua. Y de las tres, es la lengua el elemento más definitivo. Se puede convivir con personas de otra raza o de distinto credo religioso, pero no es posible convivir, de forma permanente, sin entenderse. Ya lo dijo Unamuno: "La sangre de mi espíritu es mi lengua y mi Patria, allí donde resuena".

La realidad es que el Mundo está dividido en naciones y que las distintas leyes nacionales tratan de proteger los derechos, las vidas y las haciendas de los seres humanos que, juntos, forman la nación, que no es una realidad que haya caído del cielo, es algo que han hecho entre todos los que en ella vivieron, a través de los siglos, con esfuerzos ímprobos y tremendos sacrificios, y que desean conservar y mejorar para sus hijos y los hijos de sus hijos. La nación es un patrimonio que tenemos en usufructo, no en propiedad y no debemos malbaratarlo.

¿Quiero decir con esto que precinizo la política de "palo y tente tieso" para todo el desvalido africano que asome su demacrada faz por nuestra frontera del sur? Por supuesto que no. Soy cristiano, aunque imperfecto, y soy realista. Las migraciones son tan antiguas como la existencia de los hombres; no se trata de impedir sino de encauzar, de regular, de dictar Leyes y exigir su cumplimiento. La ciudad sin Ley es acogedora para los criminales, pero resulta inhóspita para los pobres, para los débiles, para los humildes, para todos los que no tienen valedor, los desvalidos, sean del color que sean. No siempre el opresor es de distinta raza, nadie ignora que el primer eslabón de todas las cadenas de inmigración ilegal suele ser un

compatriota de corte mafioso al que el desvalido hipoteca gran parte de su vida.

En cualquier caso no creo que el hecho de tener una piel de distinto color o hablar una lengua incomprendible para nosotros pueda justificar una agresión, ni siquiera una actitud despectiva. No estoy con los que propugnan el "Poder Blanco", creo que, en el mejor de los casos, son unos gamberros. Pero tampoco puedo estar con los demagogos que, ante las cámaras de televisión y con música del Ejército de Salvación, nos dicen sonrientes: "abramos las puertas de la nación al hermano negro" y luego no abren las puertas de su casa ni a Dios, salvo que Dios esté dispuesto a trabajar a mitad de sueldo y sin ser dado de alta en la Seguridad Social.

Seamos serios. ¿Cuántos inmigrantes podemos recibir al año? ¿A cuántos seres humanos, vengan de donde vengan, podemos ofrecer una vida digna? ¿A cuántos podemos ofrecer un salario justo a cambio de su trabajo? ¿Si no podemos ofrecerles un trabajo honrado de qué suponemos que van a vivir?

Nadie ignora que España ha sido un país exportador de mano de obra durante siglos. Primero a América y en fechas más recientes a los países prósperos de Europa. Pero exportábamos trabajadores a los países en los que había oferta de trabajo y, salvo contadas excepciones, eran apreciados.

En principio, y por definición, racismo es el rechazo de un grupo étnico distinto. En realidad abarca un espectro mucho más amplio. El racista rechaza todo lo diferente y que, de algún modo, supone una amenaza: el color de la piel, la religión, el idioma, las costumbres... pero no se para ahí. Intentamos apartar de nosotros todo lo que no es deseable; rechazamos todo aquello que no nos gustaría ser; los ricos rechazan a los pobres, los sanos a los enfermos, los inteligentes a los tontos, los limpios a los sucios, los sedentarios a los nómadas, los que "están en el machito" a los que vivaquean a la intemperie y, si la fealdad fuera contagiosa, las guapas huirían de

las feas como del diablo. S on los resabios que nos quedan del viejo primate que había recibido la orden de sobrevivir y trataba de cumplirla lo mejor posible. El hombre moderno, impregnado de Cristianismo, trata de vencer esos hábitos ancestrales, a veces lo consigue y otras, no.

En algún aspecto todos somos racistas pasivos e, igual que los volcanes apagados, podemos entrar en erupción cuando lo que está en juego es muy importante para nosotros. Tal vez el principal motor del racismo, al igual que de otros comportamientos humanos, sea el miedo. Miedo a perder algo que apreciamos y consideramos nuestro y actitud beligerante frente al que quiere arrebatárnoslo o compartirlo.

No solemos rechazar, por



principio, todo lo que es distinto. Cuando lo diferente es mejor que lo nuestro no es difícil que lo aceptemos. Los mismos que rechazan a los mahometanos pobres y sucios seguramente aceptarían con agrado la invitación de un jeque árabe para residir una temporada en su palacio de las mil y una noches; y cualquiera de nosotros recibiría con orgullo y satisfacción la visita del anterior General Jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor de los EE.UU., a pesar del color oscuro de su piel; y cualquier españolito en edad de merecer se creería el amo del mundo si

podiera entrar del brazo de Naomi Campbell -que no es aria ni falta que le hace- en la discoteca más exclusiva de Madrid.

La situación es distinta si nuestra hija predilecta nos anuncia su boda con un hombre de otra raza que además es pobre, inculto y feo. Pero, a fuer de ser sinceros, debemos reconocer que si el "presunto" es pobre, inculto y feo el hecho de que sea de nuestra raza tampoco le va a facilitar mucho las cosas.

No creo que el español sea un pueblo especialmente racista. Nos lo impide nuestra historia. España ha sido, a través de los siglos, un crisol de razas. A nuestros antepasados cristianos, árabes y judíos los separaba más la religión que el color de la piel y, como dice un refrán de mi tierra que no puedo reproducir, el amor brinca por encima de todos los preceptos religiosos.

Además del problema cualitativo, en las actitudes racistas influye seriamente la cantidad. Cuando los extranjeros, los "otros", son pocos, son pintorescos; cuando son bastantes empiezan a resultar incómodos, y cuando su número aumenta en exceso comienzan a producir sensación de peligro. Los expertos estiman que en dosis inferiores al 15% el pueblo receptor los asimila sin fricciones. Cuando se concentran en mayores dosis al pueblo receptor le cuesta trabajo integrarlos y, por otra parte, los inmigrantes, a veces, tienden a enquistarse,

no se adaptan, conservan sus hábitos, sus costumbres, su estilo de vida, forman un bloque compacto y poco permeable. Es casi un fenómeno químico; la cantidad de sólido soluble que puede disolverse en un líquido es limitada, en mayores dosis, el sólido precipita. En la práctica es difícil impedir que estos islotes humanos sean motivo de fricciones. Hay razas poco solubles, que tienden a enquistarse, son poco permeables. Estas razas son fáciles objeto de agresiones, con frecuencia injustas, porque son distintos y permanecen distintos. En España,

es muy fácil distinguir a los gitanos, por eso cualquier campesina que echa de menos a una de sus gallinas piensa de inmediato que se la robó un gitano, no se le ocurre pensar que se la robó un visigodo o un vándalo porque éstos, al igual que los celtas, los alanos, los arévacos, los tusones, o los beribraces, también llamados "pueblo del castor", y tantos otros pueblos que un día lejano habitaron nuestra península, se han disuelto; se zambulleron alegremente en la gran caldera donde se cocía la raza hispana y nunca más dieron que hablar.

Los anti-racistas oscilan entre las bullangueras y bienintencionadas, pero poco eficaces, manifestaciones callejeras y el odio exacerbado y la persecución a los racistas, cuando son pocos, con lo cual dan lugar, a veces, a un racismo de signo contrario. Digo "cuando son pocos" porque ¿cuántos de los que se manifiestan por Princesa irían, voluntarios, a proteger a los niños y mujeres musulmanas de los despiadados ataques de los serbios?

Los anti-anti-racistas son pacíficos y anónimos ciudadanos que piensan que la beneficencia no puede sustituir al amor, y que todos los asesinados son iguales, sea cual sea el color de su piel y el de la piel de su asesino y se hacen muchas preguntas que nadie les contesta: ¿por qué los nombres de algunas víctimas se olvidan tan pronto y otros perduran? ¿Por qué si un

blanco asesina a un negro eso es racismo y si un negro asesina a un blanco no lo es? ¿y si un negro asesina a otro negro? ¿y si son muchos negros los que asesinan a 300.000 personas del mismo color, aunque de distinta tribu, por qué se llama a eso "un problema interno"? Estos ciudadanos no comprenden por qué en España, y para determinados grupos, el color de la piel puede ser una patente de corso para delinquir sin gran riesgo. Para estos honrados y silenciosos ciudadanos, que no entienden nada y nunca salen en la tele, solo hay dos colores de piel, dos religiones, dos lenguas: la piel de las víctimas y la de los asesinos, la religión del amor y la del odio, la palabra paz y la palabra violencia. Lo demás son caralladas (¡con perdón!) y ganas de marear la perdiz -dicen ellos-.

Y el lector de la Revista que haya llegado hasta aquí tal vez se esté preguntando que tiene que ver él -que es aviador- con todo esto. Es cierto, somos aviadores pero además de aviadores somos militares y, antes que ambas cosas, somos españoles y, sobre todo, somos personas, seres humanos. Y como seres humanos sabemos que debemos repudiar la violencia. Pero la Historia y la vida diaria nos enseñan que, con frecuencia, para reducir a los violentos es necesario hacer uso de su misma arma, la violencia. Y, cuando llega ese momento,

los militares tenemos que saltar al ruedo no, precisamente, para hablar de paz en torno a una mesa redonda sino para tomar, a veces en pocos segundos, decisiones de las que dependen vidas humanas, sin más ayuda que el bagaje moral que cada uno lleve a cuestas. Así, mientras yo escribo estas líneas, algún compañero de armas se puede estar viendo forzado a elegir entre la vida de una familia bosnia, además de la suya propia y la de sus soldados, o la de unos guerrilleros serbios. Y los marines americanos para impedir que un montón de niños somalíes se mueran de hambre tengan que utilizar sus metralletas contra unos hombres que también, en su día, fueron niños somalíes.

Hoy y ahora, por variadas razones que pueden haber todas en ese cajón de sastre llamado racismo hay guerras, o revueltas, en Yugoslavia, Liberia, el Sudán, la India, Georgia, Azerbaiyand, Armenia, Angola, Africa del Sur... para qué seguir. Creo que, en total, son 78 los conflictos armados que hoy están planteados en el Mundo y cuyo origen, más o menos remoto, es alguna de las formas de racismo. Y si el racismo (diferencias de raza, color, religión, idioma, tribu, tradición, historia, etc.) ocupa un lugar preferente entre las causas de la guerra -que es lo nuestro- ¿cómo no vamos, los militares, a pensar en él? ■

## Efemérides aeronáuticas

**MAYO.-** El día 28 de este mes del año 1923, los Grupos de escuadrillas de Melilla, 3º y 4º, se cubrieron de gloria en la hoyada de Tafersit. La escuadrilla que al amanecer salió a reconocer el campo enemigo, observó que unos mil moros habían descendido por las laderas del Iferni al llano de Tafersit, ocupando barrancos y trincheras, aislando entre sí al campamento de Buhafora y la posición de Tizzi Assa. El gran número de rifleños, su moderno armamento y buenas posiciones, mantenían "clavados" a legionarios y regulares, pero los dos Grupos -el 3º desde Nador y desde Dar Driux el 4º- sometieron al enemigo a un castigo tal que, hacia el mediodía se desbandó desmoralizado por los barrancos, perseguido por las ametralladoras de los aeroplanos.

Todos los aparatos resultaron alcanzados por el fuego rifleño, resultando derribados cuatro y sufriendo el Grupo 3º dos muertos y tres heridos.

Larus Barbatu